

Hasta que alcancemos la igualdad real

María Gámez

Subdelegada del Gobierno central en Málaga

SE HA ESCRITO BASTANTE SOBRE CÓMO la política nacional e internacional se ha visto últimamente marcada, afortunadamente y por fin, por temas relacionados con la igualdad de la mujer y el feminismo. Unas veces en sentido positivo, destacando medidas gubernamentales o propuestas políticas para avanzar en la igualdad de género; otras, denunciando casos flagrantes de machismo.

Esto significa que la igualdad de género se ha metido de lleno en la agenda política. En España, desde luego, la eclosión definitiva se ha producido con la llegada de Pedro Sánchez a la Presidencia del Gobierno y el nombramiento de más ministras que ministros, una fotografía pionera que no es una simple imagen o puesta en escena, sino toda una declaración de intenciones porque la senda del Ejecutivo ha estado marcada desde el principio por un buen puñado de medidas y propuestas de gobierno netamente feministas que llegan hasta hoy. Nunca en la historia de nuestro país se han tomado tantas medidas, en tan poco tiempo, con referencia e impacto directo en la igualdad de la mujer.

Desde hace meses, la cuestión de género es uno de los principales focos de interés. Y será así hasta que alcancemos la igualdad real. Las portadas de los periódicos en papel y digitales están copadas por el caso repugnante de la violación

grupal en San Fermín y la indignación por la incomprensible sentencia de «La Manada»; por el hecho de que por primera vez se convoque una «huelga de mujeres», un parón que secundaron cientos de miles de mujeres de este país y de todo el planeta echándose a la calle; y por debates relevantes como el de la diferencia salarial entre hombres y mujeres, las enfermedades profesionales de oficios netamente femeninos, como el de las *kellys*, los vientres de alquiler o el proxenetismo. Hasta el deporte femenino, con éxitos rotundos, empieza a ser más visible y tiene un espacio que los medios de comunicación hasta ahora le negaban. Como botón de muestra, la propuesta de si los productos de higiene femenina deben gravarse al tipo más bajo de IVA, presentada ya en 2002 por la diputada socialista por Málaga, Carmen Olmedo, vuelve a la palestra 16 años más tarde, tras el anuncio del Gobierno comprometiéndose a ello. La igualdad de la mujer no se ha conseguido, pero hablar de ello y de ellas, de nosotras, sí. Esperemos que no sea solo una moda pasajera.

Pero de lo que se habla menos, en el ámbito nacional e internacional, es de si las mujeres y hombres dedicados a la política, en cualquier nivel y, especialmente, en los partidos que más propugnan medidas de igualdad de género, han ejercido el feminismo en primera persona, es decir, si hemos predicado con el ejemplo. Me

he planteado esto muchas veces, porque la mujer del César (ya estamos, de nuevo, con ejemplos con roles de mujeres definidas por su posición respecto al hombre...) no sólo ha de serlo, sino parecerlo. Me refiero a que si las actitudes en política han sido visiblemente coherentes con los ideales feministas que se defienden desde los partidos más comprometidos con la igualdad.

Me vienen a la cabeza varias preguntas. Por ejemplo, si los hombres y mujeres feministas hemos adoptado un discurso propio o, por el contrario, hemos copiado un discurso y un tono masculinos. También me cuestiono si hemos ejercido la política con nuestros ritmos, horarios y con la conciliación que defendemos; si ante la maternidad y el reparto de responsabilidades familiares, hemos demostrado que las mujeres (y los hombres) hemos cambiado los esquemas o, en cambio, hemos copiado los que había, que eran, claramente, roles masculinos.

Son especialmente significativos los distintos comportamientos relativos a la conciliación familiar ante la maternidad o la paternidad y los permisos previstos para ello. Me voy a detener en esto porque es reflejo, a mi juicio, de esa posible contradicción entre discurso y postura personal. Y en este sentido, por desgracia, muy pocos de los políticos defensores de la conciliación han predicado con el ejemplo. Sin ir más lejos, yo misma me incorporé a un debate sobre el Estado de la Ciudad cuando era portavoz municipal del Grupo Socialista en el Ayuntamiento de Málaga apenas un mes después del nacimiento de mi hijo. No pocas mujeres políticas, en el afán de demostrar que la maternidad no es una enfermedad y para no perder el paso o la oportunidad, o incluso por no parecer que somos menos trabajadoras o responsables que los hombres, cometemos lo que hoy considero que es un error, soslayando derechos que nos corresponden y, en definitiva, dando un mal ejemplo respecto a lo que reclamamos para otras mujeres.

Por esa misma fecha a la que he aludido anteriormente, Soraya Sáenz de Santamaría, como vicepresidenta del Gobierno, decidió renunciar a las seis semanas de baja obligatoria, incorporándose al trabajo a los diez días de haber dado a luz a su primer hijo. Más recientemente, la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, adoptó otra posición, porque aunque asistió a algunos actos durante su baja, agotó las 16 semanas de permiso por maternidad. A medio camino están los ejemplos de Carmen Chacón o Susana Díaz, como ministra y presidenta andaluza, respectivamente, quienes tomaron solo las seis semanas obligatorias y cedieron el resto del descanso a sus parejas.

Más insólito aún es el caso de hombres políticos que se han beneficiado del permiso de paternidad para que sus compañeras pudieran incorporarse antes al trabajo. El alcalde de la localidad valenciana de Paterna, el socialista Juan Antonio Sagredo, lo hizo y por tan extraño comportamiento, fue objeto de noticia y protagonizó varios titulares. Lo justificó en que su pareja, abogada por cuenta propia, no podía disfrutar del permiso en las mismas condiciones de un asalariado y que él lo hacía por eso y por convicción. Como él mismo dijo, y no puedo estar más de acuerdo, los representantes públicos debemos «dar ejemplo» y ponernos al frente de esta lucha.

Una cosa distinta son los símbolos. Me refiero a llevar a los hijos de corta edad a las reuniones de trabajo o a las sedes parlamentarias e institucionales. En esto hemos encontrado algunos ejemplos que, al producirse solo como reclamo o con la intención de llamar la atención y acaparar los focos, tampoco han conseguido el efecto de normalizar la presencia de los bebés en estos espacios, más cuando mantienen lactancia materna. Fueron los casos de Carolina Bescansa, diputada en el Congreso de los Diputados que acudió a la sesión constitutiva de la Cámara Baja con su bebé; o el ocurrido hace pocas semanas, cuando por primera vez en la historia, un bebé entró en la sede de la

ONU en brazos de su madre, la presidenta del Gobierno de Nueva Zelanda. Son símbolos que pueden sumar, pero no transforman la realidad.

Quedan otros muchos aspectos que hay que analizar en el ejercicio personal de la política para evitar disonancias o incongruencias entre quienes defendemos la igualdad entre hombres y mujeres, empezando por el uso del lenguaje y terminando por el abandono de estereotipos masculinos en la vida pública que cuesta mucho dejar atrás. En esta batalla contamos, como dije al principio, con una corriente muy favorable en el escenario nacional e internacional (desde el *MeToo* al 8M y el resto de movilizaciones feministas), pero también con un preocupante resurgimiento del machismo feroz y sin tapujos que propugna, a un lado y otro del Atlántico y dentro de nuestro país, la involución en las posturas retrógradas en la libertad sexual y reproductiva, o con la negación y desprotección ante las víctimas de abusos sexuales.

Por eso conviene que a los hombres y mujeres que tenemos claro que la igualdad es incuestionable no nos pillen nunca en ningún renuncio. Somos el espejo en el que muchas y muchos se van a mirar. Como dice en su «Moranifesto» Caitlin Moran, periodista británica y simpatizante del Partido de Igualdad de las Mujeres, «hay una necesidad de que todos nos impliquemos socialmente y aportemos nuestro grano de arena en favor del género femenino para vivir en

un mundo más humano. Es un llamamiento a la responsabilidad social de los pequeños gestos para que la sociedad avance». Yo diría más. Quienes nos dedicamos a la política y creemos en ello, seamos hombres o mujeres, tenemos que aportar pequeños y grandes gestos. En lo público, por obvias razones; en lo privado, como ejemplo, puesto que somos el espejo en el que muchas y muchos se van a mirar. —

«La igualdad de género se ha metido de lleno en la agenda política. Nunca en la historia de nuestro país se han tomado tantas medidas, en tan poco tiempo, con referencia e impacto directo en la igualdad de la mujer.»